

**Detrás de los muros de los cuarteles:
El “Oficio del Sociólogo” en ámbitos militares¹**

Silvina Brun Linares

silvinabrun@gmail.com

Palabras clave: oficio del sociólogo, recorridos profesionales, ámbitos inexplorados.

Resumen: El presente artículo relata el recorrido realizado en el campo de la sociología militar, a partir de investigaciones desarrolladas en tres momentos, marcados por diferentes afiliaciones institucionales y laborales (como estudiante, como investigador independiente y como funcionario del Estado), y la acumulación generada, en este proceso, tanto a nivel del conocimiento como del método. A partir de la labor llevada adelante en los últimos casi cinco años, hemos recogido experiencias y aprendizajes concretos devenidos del ambiente específico que en se ubica nuestro trabajo. Asimismo, hemos podido llevar a la práctica los conocimientos adquiridos en nuestro recorrido por los salones de la FCS, que desarrolló en nosotros las capacidades imprescindibles e intrínsecas del sociólogo: la apertura al conocimiento científicamente fundado, el desanclaje de prejuicios y preconceptos propios del sentido común, y por sobre todo, la introyección de un amplio bagaje teórico y metodológico que nos hace capaces de producir conocimiento en ámbitos casi inexplorados.

¹ Trabajo presentado en las XV Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales-UdelaR. Montevideo, 14, 15 y 16 de setiembre de 2016

1. A modo de prólogo: inicios de la trayectoria

La intención es exponer en las próximas páginas, el recorrido realizado en el campo de la sociología militar, a partir de investigaciones desarrolladas en tres momentos vitales, y la acumulación resultante, tanto a nivel del conocimiento, como del método. Estos momentos fueron marcados por diferentes afiliaciones institucionales y laborales: como estudiante, como investigador independiente y como funcionaria del Ministerio de Defensa Nacional. Esperamos que este trabajo pueda allanar el camino y motivar a los que recién comienzan en la búsqueda de sus propias sendas, tanto prácticas, como teóricas.

Aunque pueda parecer que excede a las intenciones de una ponencia científica, les quiero narrar algunos momentos autobiográficos en relación a la práctica profesional. Hace algo más de 5 años, cursando el último semestre de la Licenciatura en Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales - UdelaR, me encuentro con la posibilidad de optar por un seminario temático que trataba sobre FF.AA, Seguridad y Defensa. Este seminario, perteneciente a la Licenciatura en Ciencia Política, no suele ser tomado en forma masiva por los futuros sociólogos. Su responsable era el entonces Magister y profesor en la Licenciatura de Ciencia Política, Julián González Guyer, quién me presentó, desde la óptica de la investigación, un mundo absolutamente desconocido para mí. Como uruguaya nacida en el año 1972, hija de una ex dirigente sindical, criada muy lejos de cualquier contacto con instituciones castrenses, el mundo de la Defensa y de las FF.AA. aparecía ante mis ojos como un planeta lejano, en sus relaciones y configuraciones internas. Por otra parte, mi vivencia era muy potente en lo referente a categorizaciones y conceptos propios del sentido común. Una infancia transcurrida durante el gobierno de facto, una adolescencia militante a favor de los DD.HH, una familia política y politizada, sin duda no eran el mejor andamiaje para analizar estos ámbitos desde una perspectiva de ruptura con la percepción y categorización espontánea. Mis prenociones me alejaban de mi posible objeto de estudio.

Sin embargo, en esos últimos meses de curso de la Licenciatura en Sociología, pude vislumbrar el poder del análisis desapegado. Pude comprender que muchas de las frases que los docentes nos repetían en forma incansable, resonando como un mantra durante años en nuestras cabezas, nos permitían tomar distancia y tratar de explorar y analizar la realidad como una “extranjera”. Pude sintetizar en pocos meses lo aprendido a lo largo

de años, en el transcurso de la carrera: que el punto de vista construye el objeto como pregonaba Ferdinand de Saussure, que “el hecho se conquista contra la ilusión del saber inmediato” (Bourdieu et al 2002: 27) que “el hecho se conquista, construye, comprueba” (Bourdieu et al 2002: 83) como diría Bourdieu, a quién homenajea el nombre de la edición No. XV de las Jornadas de Investigación. Cobraron potencia múltiples conceptos adquiridos a lo largo del proceso de aprendizaje universitario: “la construcción social de la realidad” (Berger et al 2003), “los universos simbólicos” (Berger et al 2003: 123), la “identidad escindida” (Paternain 2004: 86/87), la “identidad deteriorada” (Goffman 2006), “el poder de la ruptura epistemológica” (Bourdieu et al 2002: 28/30), entre tantas y tantas perspectivas que, entrelazadas, nos iban convirtiendo en profesionales de las ciencias sociales. Asimismo, la metodología fue el más pertinaz aliado en el trabajo emprendido. Era el mojón en medio de la vorágine de los datos y las percepciones, el patrón que ordenaba los procesos a seguir y los insumos a utilizar. Sin el firme apego a lo marcado por el diseño y las decisiones metodológicas tomadas, mi trabajo hubiese sido imposible.

Agradezco muy especialmente en este proceso de síntesis de lo aprendido, que fue extremadamente intenso, a mis docentes, el ya mencionado Julián González Guyer, y al sociólogo, investigador y docente Rafael Rey. También fue muy inspirador para mí en ese momento, un trabajo del sociólogo y profesor Rafael Paternain: “Las fuerzas armadas uruguayas: de la soledad a la barbarie” (Paternain 2004). Posteriormente, Paternain y González Guyer tuvieron la enorme gentileza de ser los tutores de mi tesis.

Este último semestre de la carrera me planteó una disyuntiva que resolví siguiendo más a los focos de mi curiosidad como investigadora incipiente, que al sentido común. Aunque tenía escrita la mitad de la tesis de grado sobre otro tema, decidí, siguiendo los consejos de mi docente Julián González, empezar de nuevo. Fueron dos años y medio de arduo y febril trabajo, que culminaron con mi monografía de grado: “Militares uruguayos en el siglo XXI: entre la invisibilidad y el estigma”.

Ustedes se preguntarán ¿a qué viene esta narración autobiográfica? O mejor dicho, ¿a dónde va? Mi intención en el presente artículo es narrarles los derroteros del investigador en ámbitos de “supuesto” difícil acceso, partiendo de la necesidad de romper con preconceitos e imágenes del sentido común, primero que nada personales,

para lograr captar en toda su complejidad y singularidad el objeto de estudio y las relaciones sociales operantes en él.

2. Momento 1: estudiante apasionado

Como refería más arriba, fue fundamental en mis decisiones, escuchar las sugerencias de mis docentes e intentar llevar adelante el trabajo de tesis con el mayor apego posible, tal como si de él dependiera la suerte futura de mis investigados. Primero, fueron alrededor de 8 meses de lectura, antecedentes del mundo entero, consultas a los profesores, manuales de metodología cualitativa, psicología social, educación popular, historia, entre otros. Viví, comí y dormí sociología. Cabe aclarar que trabajaba en ese momento 60 horas semanales y tenía una hija de 10 años, o sea que dormí poco. Luego, llegó la etapa del diseño, bien fundamentado pero flexible, dada la complejidad del objeto de estudio. Y lo mejor, el trabajo de campo. Todo allí estaba tomado en cuenta: el respeto por el universo a investigar y sus habitantes, la presentación personal, la puntualidad y sobre todo, la humildad que debe practicar el que no sabe, y quiere entender. El compromiso fue central, y la dedicación, su mejor compañera.

Y la bola de nieve se echó a andar. Mi primera entrevista: un oficial de alto rango, esposo de una vecina del barrio en el que vivo. Creo, sin exagerar, que lo había visto dos o tres veces antes de la entrevista. El trabajo de campo contaba entre sus instrumentos con un formulario, pretestado, como base para realizar entrevistas en profundidad de “tan sólo” 46 preguntas. Esta primera entrevista produjo cuatro horas y media de grabación. Hasta ahora rindo homenaje a ese, mi primer entrevistado, un verdadero héroe. De allí en más, gracias al mencionado oficial, esa bola de nieve de la que oímos hablar cientos de veces en nuestras clases de metodología, empezó a rodar.

El trabajo de campo fue muy intenso pero sumamente enriquecedor. La mente y los oídos abiertos, el cumplimiento de los protocolos de investigación, los pactos de confidencialidad de las identidades de los entrevistados, aunque no de sus respuestas, así como el estricto respeto por lo que nuestros ojos y oídos captaban, muchas veces sin entender en acto, nos abrieron las puertas de los ámbitos militares. Este fue el primer y mayor hallazgo de esta investigación: la accesibilidad. Los militares querían hablar y ser escuchados. Esta necesidad de expresar su cosmovisión y su relato de los

acontecimientos diarios ponían sobre la mesa el cuestionamiento de un enorme preconcepción que portábamos al inicio del proceso de relevamiento de datos y que la propia práctica tiró abajo. Trabajos sociológicos del mundo entero hablan de los problemas para acceder a este ámbito cerrado y opaco: la institución castrense (Bañón y Olmeda 1985: 18-20). Gonzalez Guyer explica, en el prólogo al libro que surge como producto del Debate Nacional sobre Defensa, del cual es compilador, que “todo lo referido a las FF.AA. ha sido un ámbito especialmente opaco para la ciudadanía y las instituciones académicas.” (González Guyer 2006: 21). Partiendo de estos antecedentes, tanto nacionales como internacionales, nuestro mayor hallazgo fue la accesibilidad y la necesidad de ser escuchada de la población objetivo. Los militares hablaban, contaban, se emocionaban, se enojaban, muchas veces con ellos mismos, y nos invitaban a continuar. ¡Tremendo hallazgo! Y primera ruptura. La empatía, el respeto por el objeto de estudio y la metodología aprendida durante años, funcionaban a la perfección. Nunca en dos años y medio se nos solicitó un documento que avalara nuestra labor, ni nuestra pertenencia a una casa de estudios.

Hicimos mucho y aprendimos mucho. Todo se registraba como dato, desde el aspecto de la sala de espera en la que nos tocaba aguardar a ser atendidos, hasta la taza en que nos servían el café, con el que siempre nos invitaban: decoración, conversaciones entre la guardia, las revistas sobre la mesa “ratona”, fiestas, eventos, recorridos, lo que se comía y lo que se leía. Todo fue registrado, y ahí nacieron las crónicas, narraciones que pidieron voz y presencia, como complemento del registro. Estas crónicas, insumo de la memoria, que nos permitieron recordar (del latín, *re cordis*: volver a pasar por el corazón) momentos que nos sacudieron por diferentes motivos. Nuestras impresiones, plasmadas en estas narraciones sin ninguna pretensión literaria, permanecían allí como disparadoras de dudas, de circunstancias a explorar.

Nuestra pertenencia al Equipo Uruguay del Observatorio Sudamericano de Defensa en el marco del PRISFAS, cargo absolutamente honorario, nos mantenía informados de las noticias diarias. Otro aporte que fue un insumo importante para este trabajo y para la relación con la población objetivo: mantenernos informados.

En definitiva y resumiendo, esta fue una etapa de mucho trabajo, de gran compromiso con lo aprendido y con la investigación en curso. También fue una etapa donde toda la financiación para seguir adelante salía de nuestro bolsillo. Además fue el trillo en el cual

comprendimos, en toda su magnitud, las capacidades de la sociología, como ciencia capaz de develar lo oculto, de dar voz a los que permanecen en el silencio, de reconstruir sociedad allí donde hay fragmentaciones anquilosantes.

3. Momento 2: investigador independiente, “con mi facha de extranjero, judío errante y pastor griego”²

Aquí, luego de defendida la tesis, y con la recomendación de la mesa de empezar la Maestría en Sociología, que comenzaba a los cuatro meses, decidí nutrirme de otros pastos, decidí trashumar. Recomiendo a todo aquel que pueda, que una vez recibido, atraviese el hall central de nuestra querida Facultad de Ciencias Sociales, y salga a la calle. El mundo se construye y se reconstruye prodigiosamente fuera de estas magnas aulas. Creo, siento y predico, siguiendo los pasos del sociólogo argentino Roberto “Tato” Iglesias³, que el oficio del sociólogo debe trascender a la carrera de las acreditaciones. Sin negar la importancia de estas, creo en el barro como “elemento original”, como sustancia de vida: hay que salir y embarrarse. Hay que trashumar para encontrar los mejores pastos y hay que estar dispuesto a trabajar como forma de aprender (Universidad Trashumante 2014). La experiencia y la práctica se nutren forzosamente del acervo teórico y metodológico que porta el cientista social, pero los segundos no sustituyen a las primeras. El encuentro con el mundo, ocurriendo y transcurriendo en acto, moldea nuestra trayectoria y pauta nuestros objetivos y nuestros intereses. Los temas de investigación deben implicar al mundo que nos rodea, si pretendemos que nuestras investigaciones sean fructíferas para la sociedad en que vivimos. Obviamente, nada nos conmina a producir conocimiento que aplique a mejorar nuestro mundo, pero creo que la perspectiva humanista de este oficio debe marcar profundamente nuestras prácticas. Hay cosas que no se aprenden dentro de una casa de estudios. Hay miradas, símbolos y narraciones de la realidad que nos hacen tambalear en nuestras certezas. Necesitamos largos procesos de reflexión y estudio para dilucidar y entender. Yo elegí mantenerme en este tipo de proceso circular, sin perder nunca el contacto con el grupo social en cuestión, registrando sus sentires, interpretaciones y problemas, así como las percepciones y reacciones de la sociedad entera ante este tema.

² Canción “El extranjero” de Georges Moustaki

³ Educador popular, alumno de Paulo Freira y fundador de la Universidad Trashumante

Luego, volviendo a la “cueva” con ese cúmulo de libretas, notas, diarios, fotos, grabaciones, conversaciones, impresiones, sentarse a desmenuzar, procesar, digerir, estudiar y, por sobre todas las cosas reflexionar “atado a método”, para entender.

Luego de recibirme, a partir del trabajo de tesis mencionado, empezaron a surgir oportunidades de hacer oír esta voz, un poco diferente a las voces legitimadas en el tema. Surgió la oportunidad de vincularme como analista al programa Transformaciones de Radio Sarandí, algunos artículos de prensa, un par de conferencias, Jornadas de Investigación de la FCS, pero nada que pudiera definirse como trabajo rentado. Allí la disyuntiva fue muy angustiante, y las dudas infinitas: ¿Puede llegar a existir desarrollo de la sociología militar en Uruguay? ¿Existe interés de la Academia por desarrollar esta perspectiva? ¿Se pueden lograr apoyos institucionales para gestar investigaciones? ¿Cómo se maneja un tema de este tipo, atravesado, muchas veces, por posturas ideológico-políticas absolutamente polares? ¿Cómo se mantiene el investigador desapegado de lo político-partidario en un tema de estas características? ¿Cómo mantiene su credibilidad si, cualquier afiliación institucional que adquiriera, aparecerá cargada de contenidos ideológicos que probablemente limitarán las potencialidades de los hallazgos? ¿Tiene sentido para un sociólogo dedicar su vida a un trabajo que probablemente no logre reconocimiento ni impacto social, aunque este genuinamente convencido que la existencia de un grupo estigmatizado e invisibilizado dentro de una sociedad es un grave problema social? ¿Estoy radicalmente loca y debo presentar curriculums en alguna parte? Porque, con 40 años, ya había perdido la posibilidad de postularme como ayudante docente en la FCS.

Todas estas dudas me llevaron a una solución muy evidente sólo para mí, comencé, en forma absolutamente independiente, sin financiación ni afiliación institucional, otra investigación en un ámbito militar: Mujeres en la Escuela Militar del Ejército Nacional. Y de nuevo, y citando nuevamente a Bourdieu, una experiencia sumamente rica para el “métier” del sociólogo: hallazgos en contra del sentido común, ruptura de prenociones, universos simbólicos invisibles de larga data, resultados de trabajo de campo (censo de la población objetivo) que se oponen a los preconceptos, apoyos impensados en cuanto a los accesos, habitus que reproducen relaciones sociales que tienen sentido desde la perspectiva de su función social intragrupo. De nuevo, algo de prensa, alguna conferencia, y consultas desde los más variados ámbitos. En esta etapa, aprendí la importancia del sociólogo como referente y comunicador, como decodificador

científico, por decirlo de alguna manera, de relaciones y de procesos sociales. La intención, siempre presente en mi trabajo, de mantenerme como científico social, intentando no adherir a otras perspectivas e intereses, ha marcado fuertemente mi trayectoria hasta hoy. La producción científica requiere de libertad para investigar, y eso debe ser innegociable para cualquiera. He llevado adelante mi profesión de esta forma y creo que esa característica exalta las capacidades del oficio del cientista social.

Siguiendo la línea propuesta por el filósofo español Juan Arana⁴, quien se ha dedicado a explorar las relaciones entre ciencia y filosofía, citamos:

“Que no ocurra así, que las conquistas de la ciencia no esclavicen a nadie, ni a ricos ni a pobres, ni a los del primer mundo ni a los del tercero, es un objetivo que cabría resumir bajo la rúbrica “investigar para la libertad”. Hay quien afirma que para lograrlo no deben interponerse obstáculos ni imponerse directrices o censuras a los trabajadores de la ciencia. En otras palabras, hay que procurar un ambiente favorable para investigar en libertad. Investigar en libertad y para la libertad parece, pues, una fórmula acertada para conjurar cualquier conflicto indeseable. Sin embargo, este planteamiento todavía resulta incompleto. No basta con que haya libertad en el fin y en los medios de la investigación: también es indispensable que la haya en el principio mismo. En otras palabras: que sea y se reconozca libre quien emprende la senda de la investigación. Además de investigar para la libertad y de investigar en libertad, hay que investigar con libertad”. (Arana 2003, 48)

Pero por más que amemos el trabajo que hacemos, no sólo de amor vive el hombre: luego de un año y medio de práctica independiente, decidí conseguir financiación para un trabajo que, muy por encima de su interés para el mundo del conocimiento, puede y debe ser un insumo en políticas sociales que apunten a resolver problemáticas relativas a las instituciones castrenses, que permanecen sumergidas en el desconocimiento.

4. Momento 3: afiliación institucional, nuevas posibilidades, nuevos horizontes y la libertad de siempre

4 Catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla

A finales del pasado año 2015, luego de haber presentado varias posibles líneas de investigación al entonces Ministro de Defensa Nacional, Sr. Eleuterio Fernández Huidobro, comienzo a trabajar en el marco de dicho Ministerio. Por primera vez, podía dedicar muchas horas al día a este trabajo en exclusiva. Cambiaron muchas cosas: se ampliaron los accesos a datos estadísticos, contaba con un mínimo financiamiento, y sentía que mi trabajo, más allá de las buenas intenciones de esta investigadora, podría impactar en las condiciones de vida de una parte de nuestra población que sufre condiciones de vida adversa, desde muchos ángulos. Sumé también a la trayectoria profesional otro espacio de aprendizaje, la docencia en el Colegio de la Defensa de Uruguay: el CALEN (Centro de Altos Estudios Nacionales). Creo profundamente que el sincretismo óptimo que debe atravesar al investigador social es poder desarrollar en forma simultánea tareas en ámbitos disímiles, que nos obliguen a pararnos a mirar la realidad desde distintas perspectivas, y con una pluralidad de conocimientos inherentes a la complejidad propia de la sociedad en que vivimos. Por una parte, el ejercicio de la docencia con todo lo que implica de horas dedicadas a estudiar, más la posibilidad de comunicar a través de un medio de comunicación masivo de primer nivel, sumado al desarrollo permanente de proyectos de investigación, producen una sinergia inconmensurable. Obligan al científico a no perder contacto con la realidad que se construye y reconstruye continuamente en el seno de las relaciones sociales circundantes. Obliga también a mantenerse en permanente actualización de los desarrollos teóricos que surgen con la intención de explicar este mundo que nos rodea. El contacto con el público y con los alumnos, nos hacen escuchar de otras voces, muchas veces lejanas al mundo institucional en el que trabajamos a diario. Sinergia, esa es la palabra.

Quiero destacar, incluso como homenaje al fallecido Ministro Fernández Huidobro, la libertad de acción y de decisión con que hemos podido llevar adelante nuestra labor como investigadores, sin recibir en ningún momento cortapisas de orden ideológico ni político en el ámbito ministerial, hasta nuestra desvinculación del mismo. Creemos profundamente, como decíamos más arriba, que la libertad es una necesidad fundamental a la hora de llevar adelante un proyecto científico. Muchas veces el investigador, en el desarrollo de su oficio, y sobre todo en ámbitos tradicionalmente estigmatizados y olvidados, debe luchar en primera instancia contra sus propios preconceptos e imágenes preconcebidas de la realidad, intentando captar lo que ocurre a

su alrededor, para luego poder explorar, describir y comprender, lo que opera detrás de cada configuración social y universo simbólico en pugna por sobrevivir. Más aún, además de intentar permanecer libre de sus propias prenociones, el investigador debe encontrar un ámbito que valore la libertad como insumo primigenio del conocimiento. Puedo agradecer, citando a Susana Mallo, a quién tuve el placer de tener como docente, el haber encontrado “el resquicio para la libertad”. La intención al exponer, en el marco de las XV Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales-UdelaR, que reciben por nombre “El oficio del investigador en Ciencias Sociales”, es motivar a los futuros investigadores a que no tengan miedo a la libertad en sus trayectorias profesionales. El científico social puro no debe perder el contacto con la esencia de la producción del conocimiento, ni con la perspectiva humanista que reclama nuestro trabajo. No debemos ser políticos, ni filósofos, ni opinólogos. No debemos reproducir aquellas perspectivas de investigación que ya se han apropiado de las Cátedras o de las publicaciones. Debemos generar el espacio para que los problemas tanto sociales, como sociológicos, encuentren su voz a través de nosotros. Debemos investigar para comprender y transformar.

5. Conclusiones

En el transcurso de nuestra labor de investigación, hemos recogido experiencias y aprendizajes concretos devenidos del ambiente específico focalizado en nuestro trabajo. Asimismo, hemos podido llevar a la práctica los conocimientos adquiridos en nuestro recorrido por los salones de la FCS, que desarrolló en nosotros las capacidades imprescindibles e intrínsecas del sociólogo: la apertura al conocimiento científicamente fundado, el desanclaje de prejuicios y preconceptos propios del sentido común, y por sobre todo, la introyección de un amplio bagaje teórico y metodológico que nos hace capaces de producir conocimiento en ámbitos casi inexplorados.

Los sociólogos aprendemos casi enseguida que nuestros proyectos requieren de tiempo, tiempo que muchas veces puede exceder a las necesidades del mercado o de los decisores. Sabemos también que es parte de nuestro oficio poder hacer variaciones sobre la marcha, porque las coyunturas sociales e históricas cambian, así como cambiamos nosotros y nuestra comprensión de los problemas en el curso de la práctica profesional. Asimismo, debemos desarrollar y entrenar nuestras capacidades de

plasticidad y flexibilidad cuando entramos en territorios inexplorados por las Ciencias Sociales. También nos hacemos cargo de llevar adelante procesos de trabajo arduo, sabiendo que muchas veces somos percibidos como disruptores de las rutinas y comportamientos grupales e institucionales. Por todo esto, y por muchas cuestiones que no hemos mencionado aquí, proponemos el desarrollo de la capacidad de empatía como mecanismo de aproximación a poblaciones y ámbitos opacos. Difícil se hace explorar describir, analizar y proponer desde torres de marfil, sedes judiciales o tronos asentados en el poder. El oficio del sociólogo se manifiesta en acto cuando devela, describe, comprende y pone en la palestra pública los problemas y sentires de aquellos que por las más diversas razones no logran respuestas a sus necesidades. Pensamos, creemos y sentimos que ser sociólogo es un oficio, oficio que amalgama el conocimiento académico y científico, con la inmersión en la experiencia rica y compleja de la exploración de un entramado social anclado en su historia, contexto y configuraciones concretas.

6. Bibliografía

- Arana, Juan. 2003. “*Libertad e investigación científica*” Ponencia presentada en el Simposio sobre Ingeniería y Filosofía de la Universidad de Sevilla 2002 Revista *Argumentos de Razón Técnica* No. 3 pág. 45-59 http://institucional.us.es/revistas/argumentos/6/art_2.pdf
- Bañón, Rafael y Olmeda José A. 1985. *La institución militar en el Estado contemporáneo* Ed. Alianza Universidad, Madrid.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude; Passerón, Jean-Claude. 2002. *El Oficio del Sociólogo: Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI editores, Argentina.
- Goffman, Erving. 2006. *Estigma. La identidad deteriorada*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- González Guyer, Julián (comp.) (2006) *Debate Nacional sobre Defensa – Aportes para una Ley de Defensa Nacional* Ministerio de Defensa Nacional – PNUD – UdelaR, Montevideo.
- Paternain, Rafael. 2004. “*Las fuerzas armadas uruguayas: de la soledad a la barbarie*” en *El Uruguay desde la sociología II*, Depto de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo.

- Universidad Trashumante. 2014. Consultado el 4 de agosto de 2016
<http://universidadtrashumante.blogspot.com.uy/>